

NO MAS FARSA

Mucho se ha escrito y hablado en todos los tonos de la nefasta falsedad de la política con que algunos individuos poco escrupulosos han engañado y siguen engañando al pueblo, que con su ignorancia y candidez cree en las panaceas que cualquier cinico deslenguado con osadía inaudita, colma de elogios a este pueblo sufrido del que no se acuerdan más que cuando necesitan cabalgar.

Constituye en este siglo un absurdo, después de tantas experiencias efectuadas que por medio de la representación parlamentaria la clase trabajadora pueda en modo alguno mejorar su condición denigrante de bestia de carga, sin más aspiración que una existencia despiadadamente atormentada, la cual lo constituye el vivir para comer y comer para trabajar, sin la menor posibilidad del desarrollo de sus facultades, tanto mentales como morales, a las que tiene indiscutiblemente derecho, primero como seres

pensantes y segundo como productores.

Acostumbrado el pueblo a que un puñado de individuos, por cierto no los mejores, se ocupen de la administración de todos aquellos intereses que nada más que a la clase productora incumbe, nada de extraño tiene que debido a la falta de ejercicio intelectual carezca de la menor noción de toda aquello que ningún hombre debe de ignorar: sus deberes y derechos para de este modo evitar el entregarse al árbitro de cualquier pedante osado que se tilda de representante.

Por otra parte, estos individuos especuladores sin escrúpulos ni decoro de ninguna naturaleza, incapaces de llevar a cabo obra alguna meritoria o noble, se guardan muy bien de enseñar al pueblo de una manera precisa en que estriban sus aspiraciones y si de conservar en la mayor ignorancia, valiéndose para este innoble fin de todos los medios más funestos, desempeñando entre ellos el alcohol un papel

importante, algunas frases que quieren ser elocuentes y que no son por tales labios pronunciadas más que innobles blasfemias.

De esta suerte colocada la clase trabajadora, ignorante de todo cuanto a su rededor sucede, está presta para que de ella hagan todo cuanto premeditadamente los aspirantes a vivir del trabajo ajeno fraguen en sus aquellarres, siendo electos diputados, ministros o presidentes, los que colocados en tales puestos persiguen con saña feroz a los mismos que los nombraron para desempeñar dichos cargos si tienen la osadía de denunciar el alevoso engaño de que se han hecho víctimas.

La historia se repite una y mil veces, las mismas causas producen los mismos efectos, no es cambiando los individuos en el parlamento como los trabajadores pueden mejorar su situación precaria, sino cambiando los medios de lucha, y que estos medios estén más en

consonancia con los tiempos que corremos, esto es, estableciendo sociedades obreras integradas solamente por obreros asalariados con el fin de evitar que en dichas sociedades ingresen elementos perniciosos o intermediarios entre el capital y el trabajo, pues estos elementos no pueden tener ningún interés en mejorar la condición del trabajador y sí de usarle con fines partidistas o de clase.

La unión de una organización obrera que observe las tácticas de lucha que de manera superficial hemos mencionado, será la de elevar al trabajador moral e intelectualmente, por medio del estudio de obras de sociología, folletos, prensa obrera, discusión con sus camaradas de clase, y la práctica en la lucha que surja de los litigios entre patronos y obreros únicos con los cuales tienen que solventar sus cuestiones.

JESÚS LAVIN

Limón, 24-1-28.

LOS PANADEROS

Descubrámonos respetuosos ante aquel grupo de obreros que se acerca a nosotros, con sus pantalones blancos y sus cabellos emblanquecidos por la harina. Descubrámonos ante ellos, que traen la vasija de café vacía que al anochecer de ayer llenaron las bondadosas manos de la esposa, de la madre, de la hija o de la hermana. Descubrámonos que son los panaderos a quienes el sol de la mañana produce una fuerte irritación en sus pupilas, que han estado abiertas durante una noche entera. Amasaron alegres, el pan de hoy y amasaron el de mañana, el de una semana y el de un año entero; seguirán en su tarea que la humanidad echa de menos y para la cual es una de tantas tareas fáciles y llevaderas. Mira, que vienen cansados, ni fuman, ni charlan. Pareciera que traen en sus semblantes, las huellas de una convalecencia paulatina y despaciosa que no es convalecencia. Es el insomnio que los mata; el trabajo nocturno los ha dejado sin

aliento, a pesar de que son hombres nervudos, que son hombres de hierro, que son hombres.

Mientras la ciudad duerme tranquila y cae lentamente el sereno sobre los techos, mientras los trasnochadores pasean alegremente, derrochando el dinero y mientras que todo es silencio y paz, una máquina hace un ruido monótono y sobre el suelo caen las gotas de sudor del panadero; en ellas se trasluce en temblorosas irricencias su anhelo profundo de que llegue la aurora. Y un hombre, como maldito del Destino, enrojecida la faz por una fogata que calienta las interioridades del taller, introduce una paleta de luengo mango donde va colocada como montones de dormida nieve, una docena de panes. Trasciende a la vecindad el olor que despide el horno caliente donde se asa aquel manjar, como para decir a los que aún están despiertos, que hay en alguna parte unos Apolos que tendrán lista mañana una hornada de pan.

Descubrámonos ante ellos, que en el desayuno de hoy, en que se hicieron unas exquisitas tostadas ni siquiera meditamos lo que les debemos; fueron ellos los que, como si no fueran humanos a quienes hace falta el sueño, trabajaron con ardor haciendo la levadura y el pan, de donde salieron las tostadas del mañanero desayuno nuestro. Y... pobres ellos! Sí... es justo que duerman de día! Sí... es justo. Aún en sus semblantes se nota la palidez que produce la nocturnal faena. Anoche, hoy, mañana, todos los días fabricando el pan; el pan que pesa el pesador y que cuenta el contador; allá los verás en plena madrugada hablando de su arteza, de bicarbonatos, de mieles, de masas, de cestos, de pesadores, y al hornero, sudoroso y enrojecido, contando los grados de calor de aquella enorme alacena que vomita invisibles llamaradas que van tostando la carne de aquel héroe, de aquel obrero, jefe de la cuadrilla que como una escolta de valientes, parecie-

ra que están dentro de una trinchera en abierto y reñido combate con las garras sangrientas del hambre y de la muerte. Descubrámonos que ya se acercan. Descubrámonos que son los panaderos.

ABEL DOBLES CH.

Limón, Diciembre.

A los que deseen
suscribirse a «La Lucha»

Los compañeros que deseen suscribirse a LA LUCHA pueden dirigirse por medio de comunicación a nuestra Administración, a 150 varas al Norte del Mercado, Paso de la Vaca, N.º 340, en San José (local de la Confederación General de Trabajadores), o a las direcciones que aparecen en el cuadro de la página segunda si estuvieren domiciliados en las otras provincias.